

DON BOSCO Y EL ORATORIO (1841-1855)

Giorgio CHIOSSO

El Oratorio es la primera obra educativa que promueve don Bosco, primero en colaboración con otros sacerdotes y, después, como principal animador en Turín, en los años 40, como respuesta práctica a exigencias religiosas y educativas inmediatas y concretas. El objetivo primario del Oratorio fue cuidarse de los jóvenes, sobre todo de los «abandonados y en peligro», con el fin de salvar sus almas y hacerlos crecer como ciudadanos honrados. El Oratorio es, con su característico y polivalente entretreído de actividades, el resultado de una progresiva sedimentación de experiencias y de intentos y, no menos, el éxito de la asimilación personal por parte de don Bosco de iniciativas ya llevadas a efecto, y al mismo tiempo que él, y de actividades educativo-populares vivas en muchos ambientes turineses de aquellos años. Esta aportación pretende ofrecer algún punto de estudio en orden a la fase de constitución del Oratorio entendido como «reunión festiva» para los jóvenes, que se puede considerar ya superada al comenzar el decenio 1850-1860.

1. Oratorios y educación popular en Turín

Los comienzos del Oratorio, antes de su establecimiento oficial en diciembre de 1844 en el *Rifugio* de la marquesa de Barolo (donde había comenzado don Bosco a colaborar con el teólogo Borel) fueron sumamente sencillos y austeros: no mucho más que una instrucción religiosa esencial, acompañada por las prácticas del buen cristiano y algún complemento recreativo, todo ello animado por la disponibilidad de don Bosco para establecer con los jóvenes que se le acercaban una relación educativa amistosa.¹ Las catequesis a los jóve-

¹ «Per venire a qualche prova cominciarono a farsi appositi catechismi nelle carceri di questa capitale e poco dopo nella sacrestia della Chiesa di S. Francesco d'Assisi; e quindi si diede principio alle radunanze festive. Ivi erano invitati quelli che uscivano dalle carceri e quelli che lungo la settimana si andavano qua e là sulle piazze, nelle vie e anche nelle officine raccogliendo. Racconti morali e religiosi, canti di laude sacre, piccoli regali, alcuni trastulli erano gli amminicoli che si usavano per trattenerli ne' giorni festivi» (G. BOSCO, *Cenni storici*, en: P. BRAIDO, *Don Bosco per i giovani: l'«Oratorio»*. Una «Congregazione degli Oratori». Documenti, Roma, LAS 1988, p. 58). Cf. también: G. BOSCO, *Scritti sul sistema preventivo*, p. 84-86.

nes que por diversas razones no iban a las escuelas de doctrina en las parroquias, eran desde hacía tiempo una de las actividades pastorales a las que se orientaba a los jóvenes sacerdotes del *Convitto* que dirigía el teólogo Guala con don Cafasso. Esta costumbre, unida a la impresión que le causó a don Bosco la gran ciudad, supuso una experiencia notable en su vida de joven sacerdote, comprometido en una respuesta personal a la vocación religiosa. Cuando, una vez completados los estudios, se trasladó al *Rifugio*, llevó consigo al grupo de jóvenes que giraban a su alrededor, señal de que su experiencia se había consolidado ya superando la práctica normal del *Convitto*.

La hospitalidad de la marquesa de Barolo supuso tal vez la primera ocasión para dar al Oratorio naciente un mínimo de organización y ampliar sus actividades. Es probable que, por ejemplo, don Bosco y el teólogo Borel enriqueciesen con juegos y multiplicasen las iniciativas para atraer a los jóvenes, pero los hechos difíciles que se dieron entre el verano de 1845 y la primavera de 1846 no favorecieron una continuidad sistemática.

Sin la ayuda del arsenal memorial salesiano (en amplia medida dependiente de los recuerdos de don Bosco y comprensiblemente orientado a describir en términos románticos aquellos acontecimientos lejanos) es difícil verificar a partir de los pocos documentos disponibles la consistencia real y la organización del primer Oratorio, especialmente entre 1844 y 1846. La misma carta, también importante, enviada en marzo de 1846 al marqués Michele Benso di Cavour, vicario de la ciudad de Turín, por don Bosco, para informarle del establecimiento de las actividades en fecha próxima, animadas y guiadas por él junto al teólogo Borel en la casa Pinardi, ofrece escasa ayuda. En el escrito, don Bosco, al tanto de experiencias anteriores,² acentuaba evidentemente la perspectiva catequística de las reuniones de los jóvenes,³ sin omitir (y tal vez ampliando un poco) los resultados positivos alcanzados hasta entonces.⁴

Alguna precisión ulterior nos viene de un breve artículo aparecido algunas

² Se trata de las protestas que, en el otoño 1845, después de la primera autorización, impidieron al Oratorio «itinerante» el uso de la iglesia de «S. Martino dei Molazzi». Acerca de este episodio y de las vicisitudes de la primavera y verano de aquel año, cf. la reconstrucción de F. MOTTO, *L'«oratorio» di don Bosco presso il cimitero di S. Pietro*, en RSS 7 (1986) 199-220.

³ «Lo scopo di questo Catechismo si è di raccogliere nei giorni festivi quei giovani che abbandonati a se stessi non intervengono ad alcuna Chiesa per l'istruzione, il che si fa prendendoli alle buone con parole, promesse, regali e simili. L'insegnamento si riduce precisamente a questo: 1° Amore al lavoro; 2° Frequenza dei santi sacramenti; 3° Rispetto ad ogni superiorità; 4° Fuga dei cattivi compagni» (*Una lettera "storica" del 1846 sulle origini dell'Oratorio* [Don Bosco al Marqués Benso di Cavour, vicario di Città a Torino], en: BRAIDO, *Don Bosco per i giovani*, p. 169-170).

⁴ «Nello spazio di tre anni più di venti abbracciarono lo stato religioso, sei studiano il latino per intraprendere la carriera ecclesiastica, molti altri ridotti ai buoni sentimenti frequentano le rispettive parrocchie. Il che è molto considerevole attesa la qualità dei giovani i quali comunemente sono all'età da dieci a sedici anni, senza principii di religione e di educazione, la maggior parte in preda ai vizi e in procinto di dar motivo di pubbliche lagnanze o di essere posti nei luoghi di punizione» (BOSCO, *Lettera del 1846*, p. 170).

semanas más tarde (junio 1846), en las «Letture di Famiglia», un periódico educativo-popular dirigido por Lorenzo Valerio. La nota dedicada a las «clases y diversiones para los jóvenes los domingos» citaba como ejemplos encomiables (aun sin nombrarlos expresamente) el caso de los oratorios de don Cocchi y de don Bosco. «También en nuestro Turín – escribían las “Letture” – muchos muchachitos andrajosos reciben cobijo e instrucción [...] gracias a una pequeña sociedad de jóvenes sacerdotes. Tomaron en alquiler dos pequeñas casas con jardín contiguo; una de ellas está cerca del *Rifugio* de la marquesa de Barolo, más allá de Porta Palazzo, y la otra está situada hacia el Po y, si no me equivoco, en el nuevo barrio llamado de Vanchiglia. A estas dos casas acuden en gran cantidad los días de fiesta los verdaderos pobres, los verdaderos pillos de Turín y produce estupor el amor y la alegría con que lo hacen». El articulista anónimo no dejaba de decir quiénes eran los «veri birichini» de Turín: vendedores de cerillas, de billetes de lotería, aprendices, peones, criados, «en una palabra, de toda clase de oficios y de industria»⁵ y de explicar las diversas actividades que se realizaban en los dos oratorios: «En primer lugar algunos fervorosos sacerdotes les dan una breve instrucción religiosa, se cantan salmos o cantos devotos, después se les da clase de educación, de moral y por último se les facilitan medios de diversión (en la del Po hay también ejercicio de gimnasia) y a veces se les da también algo de merienda».⁶

El breve escrito de las «Letture di Famiglia» – especialmente si se tiene en cuenta el contexto en el que salía publicado – constituye un documento interesante en la historia de los oratorios turineses, porque nos consiente establecer que hacia la mitad de 1846 tanto el oratorio de don Cocchi (que había dirigido el llamado del Ángel Custodio desde 1840) como el de don Bosco y el teólogo Borel (que en abril se había establecido en Valdocco) aparecían ante la opinión pública más atenta a los problemas de los ambientes populares, no

⁵ Don Bosco recuerda que el Oratorio de los primeros tiempos «era composto da scapellini, muratori, stuccatori, selciatori, quadratori e di altri che venivano di lontani paesi» (MO 86). Se pueden consultar las observaciones que, sobre estas categorías de trabajadores, hace P. STELLA, *Don Bosco* I, p. 104.

⁶ *Scuole e sollazzi domenicali pei poveri*, en «Letture di Famiglia» 25 (1846) 196. Para colocar en la justa perspectiva la publicación de la breve alusión a los oratorios, es necesario precisar que la revista «Letture» había publicado en un número precedente un artículo sobre las «ragged-schools» de Londres (*Scuole di cenciosi in Londra* 21 [1846] 161-162), lamentando que no se hubiera puesto en marcha, en Turín, ninguna iniciativa análoga. El artículo, debido al director de la revista, Lorenzo Valerio, se preguntaba, en efecto, si «la classe dei fanciulli cui sono destinate le “ragged-schools” è ella nelle capitali italiane, avuto riguardo alla popolazione, più o meno, che non in Londra, numerosa? Noi nol sappiamo: certo non manca, e chi frequentò le sale di ricovero che la pietà torinese apriva nel rigidissimo inverno del 1845, ha potuto scorgere i volti squallidi, selvaggi e talora feroci, dei giovani e dei fanciulli *cenciosi* farsi a poco a poco più mansueti [...]. Se non che, chiuse le sale dei soccorsi invernali, quei fanciulli tornavano alle abitudini, agli errori di prima [...]. Se l'opera dei soccorsi invernali non fosse cessata, se scuole simili a quelle sovradescritte esistessero a Torino, forse quei fanciulli non sarebbero ora dannati a una vita d'infamia».

sólo como simples lugares de instrucción religiosa, sino como estructuras más complejas de educación popular.

Era sintomático que fuese precisamente el periódico dirigido por el dinámico director de la industria de seda de Aglié la que se ocupase de los oratorios. No sólo aquellos meses y aquellos años, sino desde tiempos de las «Lecture Popolari», se había hecho portavoz de las más variadas iniciativas de educación popular. Pero algún tiempo antes había dado acogida a un amplio ensayo de Caio Ignazio Giulio en el que, bajo el pseudónimo de Luca Ligorio, había sostenido la tesis de que para intervenir de modo eficaz en favor de los «niños abandonados por las calles», para sustraerlos a la «suciedad del cuerpo» y a la «más repugnante del alma» no bastaba la escuela, sino que hacía falta actuar también por medio de los «entretenimientos populares». Giulio pasaba lista a un buen número y los presentaba como «instrumentos validísimos para enderezar las tendencias feas»: el juego, la gimnasia, la enseñanza de la música vocal, el ejercicio del dibujo, el teatro de marionetas, los museos de historia natural y la exposición de máquinas industriales se presentaban así como tantas otras ocasiones capaces de animar con buenos sentimientos las clases populares y, sobre todo, a los muchachos dejados demasiado frecuentemente a su aire.⁷

El interés de don Cocchi, de don Bosco y de los otros sacerdotes que con ellos compartían el propósito de dedicarse a la juventud y sobre todo la novedad de su acercamiento, al menos por lo que se refería a la realidad de la capital, aparecía a los ojos de los filántropos liberales de las «Lecture» como un episodio que merecía ser subrayado aunque la inspiración fundamental que animaba a los jóvenes sacerdotes entraba en la categoría de la caridad y la beneficencia. Tanto los unos como los otros, con diversos grados de conciencia, pertenecían al fervor general educativo-popular que animaba al Piamonte carlosalbertino a comienzos del decenio 1840-50, consecuencia igualmente, como se sabe, del complejo progreso de la vida económica que se tradujo, por un lado, en un creciente desarrollo de la vida ciudadana y, por otro, en una mejora general de la vida, pero con un no pequeño costo humano pagado por los estratos más débiles de la sociedad de aquel tiempo.

El acentuado interés de la sociedad piamontesa hacia los problemas de la educación del pueblo reflejaba preocupaciones y exigencias que entraban en todo ello, aunque el cuadro conceptual en que se daba era, en su conjunto, el de «instruir al pueblo» y «hacer pasar a las mentes del pueblo las ideas justas de las cosas», y no «tomar del pueblo sus mismas ideas, pocas, simples, indefinidas, exclusivas, imperfectas», según lo que escribía precisamente en aquellas semanas Rosmini en las páginas de «L'Educatore Primario».⁸ En los ambientes

⁷ L. LIGORIO [C.I. GIULIO], *Dei trattenimenti popolari*, en «Lecture di Famiglia» 2 (1843) 9-11.

⁸ A. ROSMINI, *Della vera popolarità*, en «L'Educatore Primario» 10 (1846) 148-150.

de la burguesía y de la nobleza liberalizante la «popularidad» iba unida a exigencias de orden social, primera e importante manifestación de la conciencia que se venía difundiendo en los ambientes más elevados respecto a las nuevas relaciones entre las clases, y la promoción de la escuela se entretrejía con el deseo de una nueva cultura y de nuevos hábitos capaces de dar a los grupos que empezaban a aparecer caracteres que los reforzasen como potenciales clases dirigentes.

La tradición caritativa de los Cottolengo, de los Barolo y de las numerosas iniciativas sostenidas por el celo cristiano se proponían en primer lugar de modo tangible el valor de la caridad y del amor por el prójimo, uniéndolos en el plano educativo con el propósito de eliminar los procesos de descristianización que se advertían como el paso previo al desorden moral y la revolución política. En los jóvenes sacerdotes, nacidos entre 1810 y 1820 y formados casi todos en la escuela del *Convitto*, que se comprometieron con los oratorios, la idea de pueblo iba estrechamente unida a la de «conversión» en el sentido que esta expresión había adquirido durante la Restauración, es decir, como respuesta religiosa explícita a los esfuerzos de los ilustrados y revolucionarios por crear un mundo sin Dios. El objetivo más urgente era el de acercar a las masas populares a las prácticas de los sacramentos y a las grandes devociones. Su modelo sacerdotal iba poco a poco alejándose del de cura-juez, atento principalmente a lo que bastaba para absolver de modo válido, al de cura-padre y pastor, capaz de incrementar en los fieles la vida de gracia: un sacerdote, pues, cercano a la mentalidad, a las exigencias del pueblo que, aun sin indulgencias, era capaz de entenderlo y de hablar su propio lenguaje.

Los oratorios de don Cocchi y de don Bosco se desarrollaron precisamente en el cruce entre exigencias pastorales (la conversión del pueblo a través de esa nueva figura de sacerdote) y las necesidades educativo-populares (ayudar a la juventud sola, abandonada y sin guía y, por tanto, potencialmente en peligro y peligrosa a que mejorase para sí misma y para la sociedad). Educar religiosa y socialmente a los jóvenes significaba crear algunas premisas importantes para el desarrollo gradual y ordenado de la sociedad piamontesa. Como sabemos, la primera preocupación fue la de la catequesis y las prácticas religiosas. Don Cocchi se aventuró en el barrio de mala fama del *Moschino*, primera sede del oratorio del Ángel Custodio, con el fin de impartir instrucción religiosa a una categoría de muchachos que evitaba cumplir con este deber⁹ y no muy dife-

⁹ «Vi era nella parrocchia della SS. Annunziata una regione, ora scomparsa del tutto, detta il Moschino, scaglionata sulla riva sinistra del Po, dove in luridi abituri si annidava quanto vi era allora in Torino di più miserabile e pericoloso fra la nostra gentile popolazione. Colà, nel bel mezzo di quella gente, il Cocchi portò le sue tende, e fin dal 1840 aprì per quei ragazzi un Oratorio, che intitolò all'Angelo Custode [...]; di là l'anno seguente, nel 1841, l'Oratorio venne trasportato in Vanchiglia più verso il centro, sotto una tettoia dell'orto dell'avvocato Bronsino, nel cui rustico cortile si eresse una cappella e si impiantò il teatrino e la ginnastica, che era allora per Torino un'istituzione del tutto nuova. Colà egli ricoverava tutti i ragazzi, che nei giorni festivi inter-

rente, según hemos visto, del itinerario que emprendió don Bosco. Pero la atención religiosa se encontró muy pronto con necesidades humanas y educativas más complejas, de las que la primera e inmediata era evitar que los jóvenes se encontrasen solos los días festivos, fuente de «muchos vicios»: muchos jóvenes «que eran buenos, se hacían muy pronto peligrosos para sí y peligrosos para los demás».¹⁰

Las responsabilidades de los sacerdotes se multiplicaron por ello y si don Cocchi recurrió a la gimnasia para entretener e interesar a los jóvenes, orientando según intentos educativos la fuerza física y el amor al desafío, don Bosco y el teólogo Borel se arreglaron con diversos tipos de juegos, con excursiones, con la lectura y un poco de instrucción. El estímulo de Cafasso, la benevolencia del arzobispo, la reflexión personal ayudaron a don Bosco a superar numerosas dificultades y también algunas incomprendimientos de algunos ambientes. Sobre todo le permitieron llegar a algunas convicciones importantes, las experiencias que poco a poco iba teniendo y madurando en su estrecho contacto con los jóvenes: por ejemplo, el valor pedagógico del juego y de la fiesta, tan radicados en la mentalidad popular y en el gusto de los jóvenes. El juego y la fiesta eran momentos privilegiados para crear sentido de unión, familiaridad, amistad, y para facilitar la comunicación de valores humanos y religiosos. Igualmente importante fue el recurso (como ya hacía don Cocchi en Vanchiglia) a la colaboración de jóvenes bien formados y en condiciones de presentar, más allá de la importante ayuda prestada en la catequesis y en la animación del tiempo libre, un modelo pedagógico significativo para muchachos acostumbrados a ambientes y modos de vida muy diferentes.¹¹

Otras dos importantes intuiciones se pueden considerar adquiridas ya por don Bosco en el momento en que el Oratorio se establece por fin en Valdocco. La primera se refiere a la estructura flexible con la que plantea el oratorio: ni parroquial (como en el fondo era la experiencia de don Cocchi), ni interparroquial; sino obra de mediación entre Iglesia, sociedad urbana y estratos populares juveniles. La segunda se refiere a la interacción dinámica entre formación religiosa y desarrollo humano, entre catequesis y educación.

venivano al catechismo in quella parrocchia, e dopo aver fatto adempiere loro i doveri di nostra santa Religione procurava ad essi i mezzi di ricrearsi onestamente» (E. REFFO, *Don Cocchi e i suoi artigianelli*, Torino, Tip. S. Giuseppe degli Artigianelli 1896, p. 9-10; cito de la reimpression de 1957).

¹⁰ «Frequentando le carceri di Torino ho potuto scorgere che gli sgraziati che trovansi condotti in quel luogo di punizione, per la maggior parte sono poveri giovani che vengono di lontano in città o pel bisogno di cercarsi lavoro o allettati da qualche discolo. I quali soprattutto ne' giorni festivi abbandonati a se stessi spendono in giuochi o ghiottonerie i pochi soldi guadagnati nella settimana. Il che è sorgente di molti vizi; e que' giovani che erano buoni, diventano ben tosto pericolanti per sé e pericolosi per gli altri. Né le carceri producono sopra costoro alcun miglioramento perciocché colà dimorando apprendono più raffinate maniere per far male, e perciò uscendo diventano peggiori» (BOSCO, *Cenno storico*, en: BRAIDO, *Don Bosco per i giovani*, p. 35-36).

¹¹ MO 85.

El plan de don Bosco se configura así ya delineado en lo esencial, aunque en el plano operativo se den seguidamente muchos cambios: la religión puesta como «*fundamentum*» de la educación, la importancia dada a la relación personal educador-educando, el relieve atribuido al desarrollo de las facultades humanas para un pleno y autosuficiente ingreso en la vida adulta (instrucción, trabajo, respeto a las leyes), y, por último, el reconocimiento del ambiente como ámbito inmediato de educación y, especialmente, el ambiente popular con sus recursos potencialmente educativos.

2. El Oratorio en Valdocco: 1846-1850

Con el traslado a la casa Pinardi, el Oratorio de don Bosco pasa de la fase, por decirlo así, experimental a una organización cada día más compleja, en la que él asume una responsabilidad cada vez mayor. Sostenido por el apoyo de mons. Frasoni, en noviembre de 1846 don Bosco se trasladó con su madre a Valdocco, como para sellar la estrecha relación que pretendía establecer entre su vida y sus obras. En los meses anteriores, el Oratorio había pasado por un período de asentamiento con algunas dificultades (complicadas también por una seria enfermedad de don Bosco), resueltas con la ayuda de Cafasso, de Borel y gracias a la disponibilidad de un grupo de sacerdotes, como el teólogo Vola, el teólogo Carpano y don Trivero. Esta colaboración entre sacerdotes jóvenes (algunos de los cuales ayudaba también a don Cocchi) era el signo de una nueva sensibilidad pastoral y de una percepción concreta de los problemas sociales por parte del clero más dispuesto a aceptar los cambios que se daban en la sociedad subalpina.

La estabilidad del Oratorio en Valdocco consintió un planteamiento más amplio y, sobre todo, una participación sistemática de jóvenes (que enseguida llegaron, seguramente, a unos doscientos o trescientos),¹² lo que supuso un cierto cambio en la fisonomía de los que acudían. Según los datos recogidos sobre este particular, se ha podido precisar que hasta 1850 (el contenido de

¹² Éstas son las cifras de los jóvenes que frecuentaban las reuniones festivas de San Francisco de Asís y después las del Oratorio de San Francisco de Sales: unos 20 en 1842 (cifra en la que coinciden tanto el *Cenno storico* como las *Memorie dell' Oratorio*); cerca de 80, al terminar la experiencia en la iglesia de San Francisco de Asís (*Cenno storico*, *Memorie dell'Oratorio* y carta a la «Mendicità Istruita» del 1850). Pero las coincidencias terminan aquí. A propósito del período, otoño 1845 («San Martino ai Molazzi») y primavera 1846 (prado Filippi), se va de un mínimo de 250 (número indicado en la carta del 1846 a Benso de Cavour) a los 300 sugeridos por el *Cenno storico* y a los 300-400 de las *Memorie dell'Oratorio*. Para los primeros tiempos de Valdocco, se pasa de los «trecento e più ragazzi» de las *Memorie biografiche* (III, 133) a los 600-700 de la carta a la «Mendicità Istruita» ya citada. Teniendo en cuenta la notable flexibilidad del Oratorio, sujeto a obvios altibajos, y faltando cualquier tipo de indicación del criterio con el cual se anotaban las presencias, resulta difícil cuantificar la real consistencia de la población oratoriana en los primeros tiempos.

Valdocco empezó a variar algo de nuevo cuando aumentó el internado desde la mitad del decenio 1850-1860 en adelante) la población oratoriana estaba distribuida en tres categorías principales de jóvenes, cuya edad estaba en general comprendida entre los 10-12 años y los 18-20: peones temporeros, muchachos de la «clase baja del pueblo» y estudiantes que don Bosco y los demás sacerdotes conocían durante las actividades religiosas escolares. Después había un cierto número de seglares, jóvenes o adultos, que seguían ayudando como en los primeros tiempos.¹³

El aumento del número de los muchachos y el carácter más variado de la población del Oratorio respecto a la que se reunía en el *Convitto* o en el *Rifugio* tuvieron consecuencias importantes. Don Bosco se encontró frente a la exigencia, percibida más en términos de experiencia que como conclusión de una reflexión teórica, de poner a punto un método educativo y organizativo, no sólo capaz de aglutinar en justo equilibrio participación y disciplina, espontaneidad y orden, sino sobre todo en disposición de poner en juego todas las energías y las iniciativas útiles para suscitar el interés de los jóvenes y para responder a necesidades objetivas de los cetos populares a los que pertenecían los jóvenes oratorianos en su mayor parte. En el esfuerzo de dar una respuesta eficaz a este conjunto de problemas, el Oratorio de Valdocco entre 1846 y 1850 se consolida en el aspecto de las estructuras,¹⁴ adquiere prestigio progresivo en la opinión pública y entre la gente¹⁵ y adquiere en sus rasgos fundamentales su

¹³ «Definiti i principali uffizi colle speciali loro attribuzioni, D. Bosco li affidò a quelli tra i giovani, che per buona condotta ed assennatezza gli parvero più abili a disimpegnarli, creandoli, per così dire, suoi uffiziali o aiutanti di campo. Siccome egli soleva lasciarli responsabili dell'impegno loro affidato, limitando l'opera sua ad invigilare che ciascuno facesse il proprio dovere, così ognuno si dava grande sollecitudine per conoscere ed eseguire la parte sua nel miglior modo che dato gli fosse [...]. Il Direttore poi soleva ogni settimana raccogliere a sé d'intorno i suoi uffiziali, e da esperto generale li animava con fervore parole a rimanere fedeli e saldi al loro posto, suggerendo le cose da farsi o da fuggirsi per lavorare con buona riuscita. Talora dava loro qualche premiuzzo, una divota immagine, un libretto e simili, terminando sempre coll'additare loro la bella corona, che li attendeva in Cielo» (G. BONETTI, *Cinque lustri di storia dell'Oratorio salesiano fondato dal sac. Giovanni Bosco*, Torino, 1892, p. 129).

¹⁴ Cf. P. STELLA, *Don Bosco nella storia economica e sociale (1815-1879)*, Roma, LAS 1980, p. 75-77.

¹⁵ Sobre el eco que tuvo el Oratorio en la prensa turinesa de 1848-49, pueden verse los apuntes de G. TUNINETTI, *L'immagine di don Bosco nella stampa torinese (e italiana) del suo tempo*, en: F. TRANIELLO (ed.), *Don Bosco nella storia della cultura popolare*, Torino, SEI 1987, p. 210-212. Don Bosco pone en relación el ulterior incremento del Oratorio con la apertura de las escuelas: «Quanto più era grande la sollecitudine a promuovere l'istruzione scolastica, tanto più cresceva il numero degli allievi» (MO 135, y casi con las mismas palabras en: BONETTI, *Cinque lustri*, p. 152). Sobre la fecha precisa de la introducción de las escuelas nocturnas en el Oratorio falta una indicación precisa. Braido ha expresado recientemente la convicción que «sia realistico e probabile» pensar que tal introducción tuvo lugar en el primer invierno pasado en Valdocco, es decir, en el de 1846-47 (BRAIDO, *Don Bosco per i giovani* 68). La insistencia con la cual don Bosco recuerda las escuelas nocturnas de la casa Moretta (invierno 1845-1846) podría significar que, antes de la introducción de verdaderas y propias escuelas, fueran impartidas lecciones a individuos y a grupos deseosos de adquirir el dominio de la lectura, escritura y cálculo.

fisonomía característica. Los años, pues, de las esperanzas neogüelfas y del Estatuto, de la primera guerra de la independencia y de la amarga desilusión de 1849, del entusiasmo de Pío IX y del giro anticlerical que se siguió discurren junto al gradual pero constante fortalecimiento de la primera obra de don Bosco.

El problema de la puesta a punto de un *Reglamento* le preocupó durante mucho tiempo por la urgencia de regular la tumultuosa vida del Oratorio, llegando, por fin, a una primera redacción¹⁶ a partir de experiencias y modelos ya contrastados,¹⁷ pero sobre todo llevó a maduración una serie de intuiciones anteriores como el funcionamiento, cada día más ordenado y regular, de las clases nocturnas y festivas, la valoración de la música (canto y banda), del teatro y de la declamación, concebidas como instrumentos de educación humana y religiosa, el perfeccionamiento de la función pedagógica del patio. Enriquecido así el Oratorio – aunque primariamente se tomaba como «agradable y honesta diversión, después de haber asistido a las funciones sagradas de iglesia» – manifestaba ricas posibilidades, favorecidas sin duda por el asentamiento estable de que ya se podía gozar en Valdocco.

Don Bosco empezó, por tanto, a pensar cada vez más en el Oratorio como en un lugar y una forma educativa útil para la juventud en general y, sobre todo, para la de los ambientes populares. El criterio de la «juventud pobre y abandonada» que le había conducido en la primera fase de su iniciativa fue sometido por ello a una primera revisión. A pesar del uso frecuente de esta fórmula para calificar al Oratorio, don Bosco empezó a dirigirse, no sólo a algunos individuos o categorías de individuos colectivamente «en peligro», sino más globalmente a aquellos amplios estratos de población juvenil de proveniencia popular que, en contacto precoz con la dureza de los puestos de trabajo y la brutalidad de las diversiones de aquel tiempo, se encontraban expuestos (aunque no estuviesen solos ni abandonados) a peligros de orden físico y moral.

La mayor circulación de ideas y de opiniones, favorecida además por la libertad de prensa después de la concesión del Estatuto, que difundió en Turín una cierta mentalidad anticlerical, sobre todo después de 1848, y el activismo de los protestantes fueron probablemente algunas de las razones que impulsa-

¹⁶ «Lo scopo dell'oratorio festivo è di trattenerne la gioventù ne' giorni di festa con piacevole e onesta ricreazione dopo di aver assistito alle sacre funzioni della Chiesa» (MB III, 91).

¹⁷ «Erasí fatto spedire molti regolamenti di Oratorii festivi più o meno antichi, fondati da uomini zelanti nella gloria di Dio, i quali fiorirono in varie città d'Italia. Voleva esaminare ciò che altri aveva già imparato dall'esperienza. Noi fra le sue carte trovammo ancora: *Le regole dell'Oratorio di S. Luigi eretto in Milano nel 1842 nella contrada di S. Cristina* e *Le regole per i figliuoli dell'Oratorio sotto il patronato della Sacra Famiglia*» (MB III, 87). Sobre las relaciones de don Bosco con los oratorio milaneses y lombardos, cf. P. BRAIDO, *Il sistema preventivo di don Bosco*, Torino, PAS 1955, 87-92. Sobre la génesis y función de los reglamentos en las comunidades de don Bosco, véase cuanto observa el mismo P. Braido en: BOSCO, *Scritti sul sistema preventivo*, p. 355-359.

ron a don Bosco a multiplicar los esfuerzos para hacer del Oratorio un lugar de educación popular y de asociacionismo cristiano, extendiendo sus actividades también a *Porta Nuova* (Oratorio de San Luis abierto en 1847) y después al del Ángel Custodio (1849). Este proyecto de expansión se apoyaba en la convicción de que el Oratorio era la respuesta más eficaz para la pastoral juvenil de aquel tiempo, en una fase histórica en la que la libre circulación de nuevos modelos educativos subrayaba cada vez más nítidamente los límites de la iniciativa parroquial.

Respondiendo a problemas y exigencias que se presentaban de día en día, el Oratorio tomó los caracteres de escuela abierta a todos sin plazos fijos, orientada a implicar de modo útil y moralmente honesto las horas que se habrían podido perder en el ocio de los días festivos, lugar de instrucción y práctica religiosa y de recreo, de estudio y de distensión. Una sencilla pedagogía popular, basada en la necesidad de crear el clima de la familia, en la acogida, en el despliegue y la valoración de las habilidades de cada uno, en el valor educativo de la fiesta y de la alegría (todo ello sostenido a su vez por el supremo principio cristiano de la caridad), consolidó al Oratorio naciente, haciéndolo salir de la categoría de la asistencia.

Los contemporáneos que nos hablan de don Bosco hacia 1850, lo ven no sólo como al sacerdote que se ocupa de los jóvenes, sino como un educador del pueblo. Casimiro Danna, en el «Giornale della Società d'Istruzione e d'Educazione», mientras lo define «padre y hermano, maestro y predicador» atendiendo a los aspectos religiosos de su actividad, indica con vigor la polivalencia educativa del Oratorio en el que se enseñan, además de la historia sagrada y eclesiástica y el catecismo, «los principios fundamentales de aritmética, el sistema métrico decimal y a los que no saben, también leer y escribir. Todo esto para su educación moral y civil».¹⁸ Casalis, por su parte, menos entusiasta de don Bosco, subraya «el provecho que obtienen los jóvenes que frecuentan (los) oratorios» como la «educación de sus costumbres», el «cultivo de la inteligencia y del corazón», de modo que «en poco tiempo adquieren un carácter afectuoso y civilizado y se entregan al trabajo y se hacen buenos cristianos y óptimos ciudadanos».¹⁹

Por su carácter de respuesta pragmática a las necesidades de los jóvenes, el Oratorio supuso para don Bosco un estímulo para ulteriores iniciativas y experiencias. Muy pronto se presentó, también en Valdocco, la necesidad de ofrecer acogida a muchachos solos y sin recursos: igual que había comenzado a hacer ya don Cocchi, don Bosco dio vida a una pequeña comunidad juvenil (el «*ospizio*»). Casi como una consecuencia natural del interés demostrado a los que eran más pobres (de afecto y de bienes materiales), don Bosco empezó

¹⁸ C. DANNA, *Cronichetta*, en «Giornale della Società d'Istruzione e d'Educazione» 1 (1850) 459.

¹⁹ G. CASALIS, *Dizionario geografico-storico-commerciale degli Stati di S.M. il Re di Sardegna*, vol. XIX, Torino 1851, p. 718.

también a preocuparse por encontrar una ocupación a sus muchachos y especialmente a los que había recogido en su hospicio.²⁰ Según la práctica en marcha en la *Mendicità Istruita* (institución asistencial y educativa con la que don Bosco tenía relaciones frecuentes), empezó a confiar a artesanos capaces y honrados a los jóvenes oratorianos, firmando contratos de aprendizaje, como garante en lugar de los padres.

Reconociendo, por último, la importancia de las escuelas, abrió en Valdocco y en el Oratorio de Porta Nuova una escuela elemental diurna, siguió atendiendo las clases nocturnas, pero sobre todo comenzó a admitir como internos a muchachos (de ordinario de familias modestas) que, dotados de buenas cualidades y moralmente sanos, dieran garantías de éxito en los estudios. Como se sabe, de este modo don Bosco extendía el área de las intervenciones educativas del Oratorio tradicionalmente entendido, orientándose hacia la creación de un verdadero colegio en Valdocco. El grupo de los estudiantes creció poco a poco junto al de los artesanos, primero asistiendo a las escuelas de la ciudad y después a clases preparadas a propósito en Valdocco (segunda mitad de los años 50). También los jóvenes artesanos tuvieron cabida al pasar de los años en los talleres del Oratorio, el primero de los cuales se abrió en noviembre de 1853.²¹

No es éste el lugar para indagar las razones que indujeron a don Bosco a transformar Valdocco en colegio, pero esta decisión, junto a algunas otras iniciativas (la construcción de la iglesia de San Francisco de Sales, la renovación de los edificios, la edición de las «Letture Cattoliche», los primeros pasos concretos hacia la Sociedad salesiana) fueron otras tantas piezas del mosaico de amplio contorno de las que el Oratorio propiamente dicho fue sólo una de esas piezas.

3. Los oratorios salesianos después de 1850

La *leadership* de don Bosco en el campo de los oratorios fue oficialmente reconocida por el arzobispo Fransoni con un decreto del 31 de marzo de

²⁰ «Fra i giovani che frequentano questi oratori se ne trovarono di quelli talmente poveri e abbandonati che per loro riusciva quasi inutile ogni sollecitudine senza un sito dove possano essere provveduti di alloggio, vitto e vestito. A questo bisogno si studiò di provvedere colla casa annessa e detta anche Oratorio di S. Francesco di Sales. Ivi in principio si prese a pigione una piccola casa nel 1847 e si cominciarono a raccogliere alcuni de' più poveri. In quel tempo essi andavano a lavorare per la città restituendosi alla casa dell'Oratorio per mangiare e dormire» (BOSCO, *Cenni storici*, p. 79-71). «La quotidiana esperienza faceva toccare con mano a D. Bosco che per giovare stabilmente ad alcuni giovinetti non bastavano le scuole e le radunanze festive, ma era d'uopo di un caritatevole Ospizio» (BONETTI, *Cinque lustri*, p. 143-144).

²¹ STELLA, *Don Bosco nella storia economica*, p. 175-199; L. PAZZAGLIA, *Apprendistato e istruzione degli artigiani a Valdocco*, en: TRANIELLO (ed.), *Don Bosco nella storia della cultura popolare*, p. 20-39.

1852, en el que le nombraba «director-jefe espiritual» del Oratorio de San Francisco de Sales y superior del de San Luis Gonzaga y del Ángel Custodio. Entre los dos animadores de los oratorios de Turín, don Cocchi y don Bosco, la elección recayó, pues, en el fundador de Valdocco. El primero se había situado en la práctica «fuera de juego» por sus abiertas simpatías liberales y por la imprudencia con que había llevado a un grupo de jóvenes hacia Novara con ocasión del choque fatal del 23 de marzo de 1849, aunque su generosa actividad se puso de nuevo al servicio de los jóvenes huérfanos y abandonados en octubre de aquel mismo año de 1849, con la propuesta de una asociación de sacerdotes y seglares, cuya primera realización fue el «Collegio degli Artigianelli».

Los sucesos políticos de 1848-49 habían acentuado las dos «almas» del movimiento de los oratorios y un grupo de personalidades con autoridad en el clero turinés (el mismo Cafasso, el padre Durando, el canónigo Gastaldi y el abate Peyron) elaboró un plan para unificar las fuerzas e imprimir una orientación unitaria a las diversas iniciativas. Como bien se sabe, se proyectó la creación de una federación, que debería asumir cometidos de dirección y de vigilancia sobre las actividades ya en marcha y sobre las que se pudiesen emprender en el futuro. Don Bosco reaccionó con mucha energía ante esta propuesta, oponiéndose al proyecto y negando su adhesión. Aducía como motivo principal la diversidad de las orientaciones educativas de Valdocco y el Ángel Custodio: según su criterio, en Vanchiglia se hacía mucha política, era insuficiente la instrucción religiosa y las diversiones se tomaban demasiado alegremente como fines en sí mismas.²²

Nos falta, por desgracia, sobre las divergencias reales entre los oratorios de don Bosco y el de don Cocchi, el testimonio directo del grupo de este último y por eso es difícil establecer, sólo a través de fuentes salesianas, si el planteamiento educativo de Vanchiglia tenía verdaderamente, y hasta qué punto, los límites que le achacaba don Bosco. El análisis de la única síntesis disponible, la biografía de don Cocchi redactada por don Reffo,²³ confirma la existencia de dos estilos educativos, aun con la existencia de algunos rasgos comunes, como el planteamiento familiar del intento educativo, la aceptación de la importancia educativa del recreo, lo esencial de la dimensión religiosa, la menuda filosofía del «sapersi accontentare». Don Cocchi atribuía, por ejemplo, gran importancia «a reforzar el temple de sus alumnos y darles una educación varonil y robusta para el cuerpo», trataba «de captar con oportunidad las ocasiones para insinuarse en el corazón de los jóvenes, descubrir sus pasiones y corregir sus costumbres torcidas», pero «su reserva era tan grande, que nunca quiso ser confesor de sus alumnos»; manifestaba un interés menos intenso por la instrucción y al tener que encontrar un método aceptable para llevar la colonia

²² Cf. MB III, 453-454.

²³ Cf. REFFO, *Don Cocchi e i suoi artigianelli*.

agrícola de Moncucco (abierto en 1853), no dudó en recurrir al del pastor protestante Fellenberg que había visto directamente aplicado durante un viaje a Suiza. Además, era casi proverbial su tolerancia educativa, en un corazón bueno y generoso que, sin embargo, no parecía estuviese sostenida por una visión pedagógica que animaba el principio educativo de la amabilidad de don Bosco.

Sin minusvalorar las diferencias de carácter político que situaron en posturas distintas a don Cocchi y don Bosco (que, a su vez, reflejaban tendencias moduladas diversamente en el clero piemontés), hay elementos que justifican en términos educativos la presencia de dos estilos, tal vez más diferentes que antagónicos, a los que hay que referirse en última instancia cuando hablamos de las diversas experiencias de Vanchiglia y Valdocco. Si además se tiene en cuenta que don Bosco, después de 1850, acentuó los aspectos «protectores» de su pedagogía, se podrán comprender las razones de desconfianzas persistentes también después, cuando, por ejemplo, seguirán distinguiéndose muy bien los oratorios don Bosco y el de «San Martino» promovido por el infatigable don Cocchi en 1851, dirigido durante muchos años por don Ponte (que había estado antes con don Bosco) y animado por un grupo de sacerdotes y laicos ligados a la obra de los «Artigianelli».

Después de 1850, los horizontes de don Bosco van mucho más allá de las experiencias de los primeros oratorios: el decenio 1850-1860 es la etapa en la que se pone en marcha o se realiza la mayor parte de sus iniciativas y consolidada la fama de hombre extraordinario. Es el decenio de Savio, Magone y Besucco y del encuentro con los primeros colaboradores válidos y estables. Es el período más feliz de sus actividades como escritor y polemista. La fase de constitución de su Oratorio se puede considerar ya cerrada y el interés primordial se dirige cada vez más frecuentemente y más intensamente a los jóvenes del internado, aunque en las numerosas peticiones de ayuda, la presentación de los oratorios en funcionamiento en la capital resulta insistente.²⁴ La razón se explica rápidamente: los oratorios eran, ante los ojos de todos, iniciativas bien consolidadas, de modo que suponían una garantía para el empleo de otros posibles subsidios. A don Bosco le gustaba, además, seguir apareciendo como el sacerdote y el educador de los jóvenes pobres y abandonados, lo que era verdad, aunque en términos y modos diferentes respecto de los del pasado.

²⁴ Véanse, por ejemplo, la carta a la «Mendicità Istruita» de 1850 y las cartas circulares para las loterías de 1857 y de 1862, en las cuales la solicitud de ayuda o la invitación a participar a una lotería benéfica están precedidas de la descripción de los oratorios festivos y de los resultados logrados por ellos en favor de la juventud «povera e abbandonata». Quizás la descripción más sobria es la de 1850: «Col mezzo di piacevole ricreazione allettata da alcuni divertimenti, con catechismi, istruzioni e canto parecchi divennero morigerati, amanti del lavoro e della religione. Ci sono anche le scuole di canto tutte le sere e le scuole domenicali per quelli che possono intervenire, e si diedero già alcuni pubblici saggi e dimostraronsi pienamente soddisfatte le persone che intervennero». Pero otros muchos ejemplos se podrían tomar del rico epistolario.

La expresión «Oratorio» asume cada vez más aquellos «varios sentidos» que don Bosco mismo precisará pocos años más tarde, cuando hable de F. Besucco y de su llegada a Valdocco: «Si se considera como *reunión festiva* se entiende un lugar destinado a recreo con entretenimientos agradables para los jóvenes, una vez satisfechos sus deberes religiosos. [...] Se llaman también oratorios diarios a las *escuelas de día y de noche* que se hacen a lo largo de la semana para los jóvenes que, por falta de medios o porque van mal vestidos, no pueden frecuentar las escuelas de la ciudad. Tomada, por fin, la palabra Oratorio en sentido más extenso, se entiende la *casa de Valdocco* de Turín conocida bajo el nombre de oratorio de San Francisco de Sales. Los jóvenes pueden ingresar en ella como artesanos o como estudiantes».²⁵

Circunscribiendo nuestro análisis al significado inicial de Oratorio, es decir, como «oratorio festivo», no se puede dejar de señalar que don Bosco, precisamente en el momento en que esa actividad no constituye ya su principal preocupación, nos deja el documento tal vez más interesante sobre su función educativo-popular. Se trata, como todos saben, de la novelita *La forza della buona educazione*, publicada en 1855. El protagonista es, en efecto, un joven oratoriano, Pietro, tomado como modelo por todos los jóvenes que llenaban en su tiempo libre los patios de Valdocco y del Ángel Custodio e iban a las clases de catequesis: un caso, pues, diferente de lo que serán M. Magone y F. Besucco, que pertenecen ya a la historia de Valdocco como internado.²⁶ El relato se sitúa en la periferia de Turín, en una de las muchas familias que vivían en las casitas baratas de Borgo Dora o de Vanchiglia. Y Pietro es el hijo mayor de un carpintero y de una buena madre de familia. Precisamente es la madre la que le hace crecer como buen cristiano y cuida de él aunque después, un poco precozmente, tiene que dedicarse al trabajo.

Pietro encuentra en el Oratorio y en las diversas actividades que se hacen en él, un importante punto de apoyo para su vida de fe y de buen muchacho. En el Oratorio asiste a la catequesis y se prepara a la primera comunión. Con su buen comportamiento se atrae la simpatía de sus superiores, logra alejar a su padre de sus visitas demasiado frecuentes a la taberna y a dar buen ejemplo a sus amigos, evitando que caigan en pecado. Llamado al servicio militar, cumple con este deber como honrado ciudadano y, destinado al cuerpo expedicionario que va a Crimea, no se aparta, aun estando tan apartado de su casa y del Oratorio, de las reglas de buena educación recibidas: amar al Señor, huir de las ocasiones de pecado, rezar, cumplir los deberes de su estado. La novela acaba con el ascenso de Pietro a sargento y el previsible regreso a casa.²⁷

²⁵ G. BOSCO, *Il pastorello delle Alpi ovvero vita del giovane Besucco Francesco*, Torino, Tip. dell'Oratorio di S. Francesco di Sales 1864, p. 70-71.

²⁶ Junto a D. Savio, M. Magone y F. Besucco se encuentran entre los más célebres alumnos de don Bosco (cf. BOSCO, *Scritti sul sistema preventivo*, p. 175).

²⁷ G. BOSCO, *La forza della buona educazione. Curioso episodio contemporaneo*, Torino, Tip. Paravia 1855.

A través de esa floja trama, don Bosco se propone de modo evidente, delinear los caracteres del buen oratoriano externo: Pietro vive, en efecto, una experiencia juvenil normal en familia (dentro de la cual se subraya el papel fundamental de la madre), de trabajo y de tiempo libre, pero sabiendo y queriendo interiorizar las buenas enseñanzas (la fuerza de la buena educación), vive de modo alegre la propia vida cristiana aun cuando está lejos de la familia y de las circunstancias habituales. De la novela brotan algunas indicaciones interesantes: el lazo familia-oratorio como premisa para una buena educación, el contagio del bien y del buen ejemplo (Pietro es, en efecto, el motivo del arrepentimiento del padre y ayuda y apoyo para que los amigos cumplan con su deber), un modelo de santidad «sencilla» que se basa en cumplir los deberes cotidianos, en la obediencia, en la oración, en la caridad que crece mediante el ejercicio del bien, en la mortificación (no extraordinaria, sino la que se da en la vida ordinaria) y la castidad.

El escrito de 1855 constituye, en cierto sentido, la coronación de la reflexión de don Bosco sobre el Oratorio en su dimensión original de «reunión festiva» abierta a todos, aunque en los otros treinta años, el fundador de Valdocco iba a volver muchas veces sobre el tema. Pero los primeros años de los 50 señalan, sin duda, un giro significativo en la historia del Oratorio, pasando de incunable y de primera y central realización de la experiencia religioso-educativa de don Bosco a un aspecto especial dentro de una estrategia más compleja de desarrollo y de reforzamiento de la obra salesiana. Sobre la marcha de los oratorios se reflejan opciones y prioridades diferentes que apuntan, al menos en una primera fase, a la asunción de responsabilidades que van en dirección diversa de la valoración del patrimonio de ideas y experiencias maduras en este sector. Así, al menos hasta el decenio 1870-1880 (como ha sido documentado autorizadamente),²⁸ el Oratorio vive una fase de estabilidad inicial: el esfuerzo de los salesianos se multiplica en la provincia, en la que faltan las condiciones para la apertura de obras del tipo de los oratorios juveniles turineses y responden, en cambio, preferentemente, a las necesidades de tipo escolar, especialmente como consecuencia de la entrada en vigor de la ley Casati de 1859.

Es, además, sintomático, en otra situación, el estancamiento de los oratorios en Turín mismo. En 1860 eran seis, uno más solamente de los que funcionaban al principio del decenio: los tres de don Bosco, el de San Martino, el Oratorio femenino de Borgo San Donato, fundado en 1850 por el teólogo Gaspare Saccarelli y el Oratorio de San José en «Borgo San Salvario» abierto en 1859 por algunos seglares y después regido por los salesianos en 1863. Este número siguió sustancialmente igual aun en el decenio siguiente, a pesar de un cierto crecimiento de la población juvenil estable en la capital después de

²⁸ Sobre el desarrollo de las iniciativas salesianas entre 1860 y 1870, cf. STELLA, *Don Bosco nella storia economica*, p. 123-157.

1850. Las dificultades se acentuaron más tarde, entre 1860 y 1870. Después de la unidad, se dieron algunos hechos concomitantes que podrían explicar esa falta de crecimiento: la disminución de la migración estacional, la existencia de otras ofertas de asociación para los jóvenes más adultos, como, por ejemplo, las sociedades obreras, el englobamiento de los oratorios de Vanchiglia (que pasó en 1867 a la nueva parroquia de «Santa Giulia») y de Porta Nova al centro de barrios residenciales con su final como oratorio de periferia. En 1869 Baricco daba algunos datos sobre la población de los oratorios, referida al año anterior, indicando una cifra ligeramente superior a los dos mil.²⁹ Es difícil compararla con los datos muy dispares entre sí, dados vez por vez por don Bosco,³⁰ pero parece razonable la tesis según la cual la asistencia a los oratorios se estabilizó entre los años 50 y 70, sufriendo, tal vez, también alguna disminución como consecuencia de las crisis que azotaron a Turín, como el traslado de la capital en 1864.³¹

Después de esa fecha, y especialmente durante los años últimos de la vida de don Bosco, los oratorios registraron una cierta recuperación, a la que aludimos al final de esta nota. En 1875 don Bosco se quejaba de que no hubiese oratorios más que en Turín y en Sampierdarena³² y en aquella ocasión pronunció la conocidísima frase de que «si se quiere hacer un bien radical a la población de una ciudad hay que abrir un oratorio». Efectivamente, hacia los años 80 se manifiesta un nuevo interés y mayor atención hacia los oratorios, que

²⁹ P. BARICCO, *Torino descritta*, vol. II, Torino 1869, p. 719. Según los datos de Baricco, la población oratoriana turinesa estaba constituida de 800 jóvenes en Valdocco, 450 en San Luigi, 400 en San Giuseppe (San Salvario), 100 en Santa Giulia y 300 en San Martino (chicos y chicas en patios distintos).

³⁰ Como hemos visto, hablando de los primeros tiempos del Oratorio, las cifras indicadas por don Bosco se deben tomar siempre con gran prudencia. Entre 1850 y 1862, los oratorios habrían pasado de un millar de participantes, en los tres oratorios juntos, a varios millares, en cada uno de ellos: una *escalation* poco convincente y, de otra parte, poco compatible con las estructuras de que disponía don Bosco. Indico algunos datos, tomados en parte de P. STELLA (*Don Bosco nella storia economica*, p. 173), y en parte de algunas invitaciones para las loterías, recogidos por BRAIDO (*Don Bosco per i giovani*, p. 24-26): 1850, 1000 jóvenes en los tres oratorios; 1852, más de 2.000 en Valdocco; 1855, entre 1.500 y 2.000 en el conjunto de los tres oratorios; 1857, más de 3.000; 1862, «talvolta ascendono a più migliaia in uno solo di questi oratori».

³¹ Stella concluye así el examen de las cifras: «In conclusione, ammesso il fluttuare dei giovani nei mesi estivi e in quelli più rigidi dell'inverno, ammesso il diradarsi in circostanze straordinarie come il colera del 1854, è da ritenere che nel ventennio 1850-1870 sia avvenuta una certa stabilizzazione numerica dei giovani negli oratori diretti da don Bosco» (*Don Bosco nella storia economica*, p. 174). La población de Turín había pasado en aquellos veinte años de los 136.849 habitantes de 1848 a los 194.480 del 1868 y a los 212.644 del 1871 (cf. la elaboración de C. BERMOND, *Torino da capitale politica a centro manifatturiero*, Torino 1983, p. 122-138).

³² Los salesianos se establecieron en Sampierdarena en 1872, después de una breve permanencia en Marassi: la casa se convirtió pronto en «l'opera salesiana più emblematica della Liguria»: el oratorio para los jóvenes del barrio y el hospicio para la juventud pobre reprodujeron «le esperienze primordiali di don Bosco», representando «le finalitá essenziali preferite» (STELLA, *Don Bosco nella storia economica*, p. 153).

vuelven a adquirir un carácter prioritario en las opciones de los salesianos junto a una orientación hacia la periferia urbana, que se fue acentuando en el último cuarto del siglo. En los nuevos barrios populares que surgían junto a instalaciones industriales, se daban condiciones de vida y exigencias educativo-sociales que evocaban el contexto en el que se habían desarrollado Valdocco y los demás oratorios subalpinos.

Mientras tanto, en 1877, se publicó el documento más explícito sobre los oratorios, es decir, el *Regolamento*, aunque ya se había elaborado y aplicado años antes. Diez años más tarde se decidió que en toda casa salesiana hubiese un Oratorio festivo: «Todo Director debe procurar con solicitud la apertura de un Oratorio festivo en su Casa o Institución, si es que no existe aún, y darle pujanza si ya está fundado». Se trataba de la clara voluntad de que el Oratorio se plantease de nuevo como momento sustancial en la ya compleja iniciativa religioso-educativa de los salesianos, primer paso del florecimiento subsiguiente de oratorios que se daría en Italia (no sólo gracias a los salesianos, pero sí con su aportación significativa) entre el último decenio del siglo XIX y el primero del nuevo siglo en el cuadro de una presencia social y educativa renovada en los católicos italianos.³³

³³ P. STELLA, *I salesiani e il movimento cattolico in Italia fino alla prima guerra mondiale*, en RSS 2 (1983) 223-251.